

—Sí, la conozco.

—¿Su nombre?

—María.

—¿Dónde vive?

—En casa de Miguel.

—¿En su casa!

—Sí; es su prima.

—¿Y dices tú que se aman?

—Con delirio.

—¿Estás persuadido de ello?

—No me cabe duda.

Un grito espantoso lanzó Matilde que revelaba bien la furia de los zelos; y levantándose de la silla en que estaba sentada, exclamó, encendidos los ojos por el fuego del despecho.

—¡Que tiemble esa infeliz!.... ¡que tiemble.... porque no he de descansar hasta que no pruebe toda la furia de mis zelos.

Rossi saboreó en su corazón la esperanza de la caída de Miguel; y Matilde, entrando á su gabinete, en que generalmente recibia sus visitas, se arrojó sobre una silla sin poder contener sus lágrimas.

CAPITULO X.

La partida.

Mientras la hermosa y engañada actriz, herida en lo mas delicado del corazón, permanecía en su cuarto pronunciando el nombre de la mujer que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, María, muy agena de imaginar que la situación que guardaba con respecto á su primo, pudiese inspirar zelos á persona alguna, se encontraba triste, envidiando á su vez, la felicidad de la mujer que habia conseguido interesar el corazón del hombre que en secreto amaba.

Sentada junto á la vidriera del balcon de la sala, y ocupada en bordar un chaleco de raso negro que pensaba regalarle, como una prueba de cariño, no apartaba los ojos del

bastidor, como si en el objeto que dedicaba á su primo creyese encontrar un sér amigo que revelase á su dueño los tiernos sentimientos de su apasionada alma.

Entregada á estas ideas se encontraba, cuando entró una criada anunciando la llegada de Enrique.

María dejó su agradable ocupacion y contestó.

—Dile que pase.

Y colocando á un lado el bastidor en que bordaba, se dispuso á recibir á Enrique, el cual entró á poco, vestido con elegante sencillez.

—¿Y Miguel?

Dijo Enrique, despues de los saludos de costumbre, y tomando asiento enfrente de la jóven.

—Ha salido—contestó María—pero creo que no tardará en volver.

—Me dijo que le esperase, porque desea verme antes de partir.

—¿Va á partir él?

Preguntó con inquietud María.

—No señorita; soy yo quien debe dejar la capital.

La jóven respiró con tranquilidad.

—¡Ah!.... ¿Es vd. quién nos abandona?

—Ciertamente.

—¿Y á dónde va vd?

—A Veracruz: hay noticias de que está próxima á salir de la Habana la expedicion española: y yo, como toda la juventud mexicana, voy á unirme, en clase de voluntario, á la division del general Santa-Anna que, con una fuerza respetable, se prepara á rechazar á los que osen invadir nuestro territorio.

—¿Y cuándo sale vd?

—Mañana mismo.

—Dios quiera que tengamos el gusto de volverle á ver pronto.

—Así sucederá, si es que una benévola bala no se quiere tomar la molestia de ahorrarme nuevos padecimientos.

—No presagie vd. tal desgracia. Aquí deja vd. personas que sentirian infinito su muerte.

—¿Personas que sentirian mi muerte!....

¿Y qué me importa el sentimiento de todo el mundo, si á ese sentimiento no va unido el de la mujer que amo?

—Yo creo que la jóven que vd. ha considerado digna de su amor, no puede carecer de sentimientos nobles y humanos.

—¡Ah!... no:—exclamó Enrique con entusiasmo—los posee en alto grado.

—Siendo así, como no dudo que lo es, estoy persuadida de que la jóven que vd. ama, no cederá en cariño á ninguna de las personas que se honran con la amistad de usted.

—¿De veras?

Exclamó Enrique, dejando ver en sus ojos por un momento, esa mirada de alegría que arroja la esperanza, y que poco á poco desapareció de ellos bajo el velo de la melancolía, como brilla, instantáneamente, en medio de la tempestad una estrella, para ocultarse de repente, tras de las nubes negras que cruzan la esfera.

María, que habia leído los dos encontrados afectos que, con una rapidez indecible, se habian operado en el alma de aquel hom-

bre que con tanto respeto y amor la miraba, trató de endulzar, en lo posible, la honda pena que reflejaba en su semblante, y contestó:

—Sí, Enrique; puedo asegurar á vd. de que esa mujer, á la cual distingue vd. con su respetuosa pasion, excederá tal vez á todos en el sentimiento que vierta la noticia de cualquiera desgracia que á vd. acontezca.

—¿Y cree vd., María, que debo esperar en que ese cariño del ángel que yo adoro, y que es mi único pensamiento, mi bello ideal, se convierta en amor?

María se puso encendida como la grana, y no se atrevió á contestar, temiendo desgarrar, con un desengaño, el corazon enamorado de aquel hombre. Enrique interpretó aquel silencio favorablemente, y continuó.

—Responda vd., María; ¿puedo esperar en que algun dia corresponda vd. al amor infinito que le consagro, dejándome entrever una vida de eterna felicidad y de ventura?

—Enrique—contestó la jóven, procuran-

do con el dulce acento de su voz, minoró la amargura que sabía iban á producir sus palabras en el corazón de su adorador:—mi cariño hácia vd. ha ido creciendo á medida que he ido conociendo las bellas cualidades que adornan á vd.; pero mi corazón no ha podido sacudir el yugo amoroso á que lo sujeta ya otro hombre que conocí y traté antes de que tuviera la dicha de contarle á vd. en el número de las personas de mi aprecio.

—Comprendo toda la virtud de ese corazón, y todo el peso de mi desgracia.

La llegada de Miguel que se presentó en la sala en aquel instante, dió nuevo giro á la conversacion.

—¿Te he hecho esperar mucho, Enrique?

—No; hace un momento que llegué.

—Y está definitivamente resuelto que sea mañana la marcha?

—Sin duda.

—Mucho siento no poder ser tu compañero de armas en la próxima campaña.

—¿Conque nada has conseguido?

—Nada. El gobierno teme poner sus sol-

dados bajo las órdenes de algunos que profesamos distinto credo político, y nos prohíbe incorporarnos al ejército que va á combatir contra los invasores. Pero dejemos esto, y dime si has llegado á saber algo respecto al paradero de Pilar.

—Ni la mas ligera palabra que tenga relacion con ella.

—¿Pero es cierto que fué Pilar la encubierta que pasó en la canoa, por debajo del mirador del médico D. Antonio?

—Parece que no cabe la menor duda; y nada viene á dar mayor viso de verdad á esta sospecha, como el haber desterrado, á las pocas horas de haber sucedido esto, á otro pueblo del interior á su amante, por influjo, sin duda, de Rossi, que trató de quitar obstáculos que pudieran embarazar sus planes.

—¿Y qué pueblo es ese?

—Lo ignoro.

—¿Si le hará perecer á D. Antonio de la misma manera que á su hermano Carlos?

—Mucho lo temo.

—Sin embargo, yo tengo alguna esperanza.

—¿Cómo?

—Hace tres noches que, al dirigirme al teatro, ví llegar por enfrente de mí, una joven que me miró fijamente: yo, al notar su curiosidad, sentí despertar la mia, y traté de averiguar quién era; pero al conocer sin duda ella mi intento, se cubrió con el rebozo, y pasó, como una exhalacion á mi lado sin darme lugar á nada.

—¿Y crees que fuese Pilar, una señorita criada en el regalo y educada esmeradamente, la que se presentara en público, envuelta en un humilde rebozo?

—Era de noche, y podia confiar en no ser conocida. Además, ¿quién es capaz de contener las evoluciones de la rueda de la fortuna? ¿No vemos mil y mil que, después de haber gozado todas las comodidades de la vida, se ven reducidos á mendigar el sustento?

—Tienes razon. Pero, ¿por qué no la seguiste hasta averiguar la verdad?

—Esa fué mi intencion; mas me fué imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque ella pasó á la acera contraria; y al prepararme á hacer lo mismo, varios coches que cruzaban corriendo, me lo impidieron; cuando desembarazaron la calle, nada ví; la mujer habia desaparecido, perdiéndose entre el gentío que se dirijia al teatro.

—No le hace: si era ella, la volverémos á encontrar, y entonces trataremos de favorecerla si es desgraciada. Pero el tiempo se pasa, y yo tengo aún que arreglar varias cosas para mi viaje.

Dijo Enrique levantándose y tomando el sombrero.

—¿Te vas?

—Sí; ya ves que es indispensable.

—Bien: no quiero detenerte; sin embargo, mañana, antes que te pongas en camino, iré á verte.

—Pues hasta mañana, Miguel.

—Hasta mañana, Enrique.

Este saludó á María, y dirijiéndola una

mirada que expresaba toda la ternura y el amor que le consagraba, salió á la calle, llevando impreso en el corazon el pesar mas profundo, al tener que renunciar aún hasta la remota esperanza de ver correspondida su pasion.

Al siguiente dia, despues de despedirse de su íntimo amigo, se puso en marcha para Veracruz, en union de otros muchos jóvenes que, llenos de noble patriotismo, se dirijian á engrosar las filas del general Santa-Anna.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IX.

Salida de la expedicion española del puerto de la Habana.

Dejemos por un momento á Enrique marchando hácia Veraacruz, á Matilde proyectando la manera de vencer á la inconsolable María que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, y á éste pensando en la ingratitude de Luisa, y trasladémonos á la Habana, en cuyo puerto se disponia la expedicion que dentro de pocos dias debia desembarcar en las costas mexicanas.

Era el mes de Junio de 1829. En aquella hermosa ciudad, emporio de la riqueza y de la abundancia, no se escuchaba mas que el bélico sonido de los instrumentos de guerra y la palabra reconquista que, algu-